

LOS MUEBLES TALLADOS

El arte del mobiliario, que en la segunda mitad del pasado siglo era solamente un recuerdo, comienza á resurgir, gracias al entusiasmo de algunos artistas. Primero las industrias vascas, más inclinadas á vencer la competencia mercantil que á conseguir la depuración estética; luego, algunas iniciativas particulares dedicadas á la especialización, como las de Lissárraga y Mariani; y, por último, la obra de orientación y crítica realizada por unos cuantos paladines de la ornamentación doméstica, han influido en el gusto de las gentes acomodadas, haciéndolas sentir el deseo de renovar el esplendor del mobiliario antiguo.

Realmente, no puede afirmarse, pese á las denominaciones genéricas con que ese arte se clasifica, dónde se concreta la peculiaridad española, ni cuáles muebles tienen verdadero carácter nacional. Nuestra tradición en este punto no es de lo más pura, y aun en lo que mejor

define el sello de la nacionalidad, se advierten influencias exóticas. Pero no se trata de conservar en toda su pureza el pasado, porque esto sería absurdo, dadas las necesidades del confort moderno. En arte, lo más bello no es siempre lo más conservador. Ni puede pretenderse que todos los temperamentos se adapten á los mismos cánones. La estética es cosa subjetiva, y de esa diferencia temperamental es de donde proceden las diversas escuelas y estilos. Lo que hay que procurar es poner al artista en condiciones de que su orientación se depure con la cultura, para que la exaltación imaginativa no caiga en la extravagancia.

Nada tan admirable como ver surgir lo personal de entre las normas viejas. La imitación servil, la limitación por temor á vulnerar el academicismo, quitaría al arte lo que tiene de más gallardo: la innovación atrevida, el calor de humanidad, el movimiento, lo que debe ser fruto del ambiente y de los progresos de la civilización. Hoy no se puede pensar ni sentir como en el siglo XV, porque sería anacrónico. Bien está el arcaísmo en la labor puramente reconstructiva, de glorificación de una época ó de mero recuerdo caprichoso. Pero el arte debe evolucionar paralelamente á la vida, y, si es posible, ser una avanzada del futuro. El anquilosamiento ó la simple estabilización, son contrarios á las leyes biológicas. Se puede hacer compatible el amor al pasado con el espíritu actual. Lo preciso es que haya congruencia y que el contraste no sea antiarmónico.

Si en el mobiliario se pretendiera la unidad artística, aherrojando la libre iniciativa del constructor, se incurriría en una monotonía deleznable. Sobre que esa uniformidad sería contraria á las características regionales, tan dignas de tenerse en cuenta para todos los órdenes arquitectónicos. Sin embargo, en algunos casos pudiera conseguirse, sin detrimento de esas peculiaridades, la unidad en la variedad, al igual que de un mismo tema musical suelen lograrse, cuando hay genio creador, admirables riquezas melódicas. En este punto, el Sr. Zuazo Ugalde—autor de los modelos que ilustran las páginas de esta Revista—, nos ha hecho muy interesantes manifestaciones. A su juicio—y nosotros opinamos como el señor Zuazo—, lo elemental es buscar obreros capaces de interpretar en la talla la concepción del artista. Lo demás debe quedar al libre arbitrio del dibujante en cuanto á estilo y adornos. Pero es fundamental tener muy en cuenta los lugares y disposiciones en que han de estar colocados los muebles, la calidad del trabajo á que serán dedicados, los materiales de que pueden disponerse y hasta la arquitectura del edificio. Para el despacho de un artista, que necesita halagos espirituales, los motivos de ornamentación son estimulos imaginativos. Para el hombre de negocios, en cambio, toda sobriedad es poca, porque nada debe distraerle de sus atenciones bursátiles. Por eso los norteamericanos, con un gran sentido de la organización y del valor del tiempo, han llevado la sobriedad en el mobiliario hasta el simplismo, sin que ello vaya en menoscabo de la elegancia, porque la bondad de los materiales empleados y la variedad de dibujos en las maderas suplen los acoplamientos decorativos del artífice.

Piensa el Sr. Zuazo, acertadamente, que el arte del mobiliario ha de ser consecuencia de la iniciativa individual, y que, más que una escuela dogmática, importa acicatar la singularización estilizada, recordando el pasado sin imitarle y adaptando las modalidades artísticas á las exigencias de la comodidad. Que él lo ha conseguido, no cabe duda. Los muebles cuyas fotografías reproducimos—tallados por Leandro Ortiz de Zárate—, son obras admirables de ejecución y buen gusto. Nadie presumiría que en Oñate podría hallarse un artista que interpretase tan á maravilla los modelos. Con tallistas así, es de esperar que el arte del mobiliario adquiera su antiguo esplendor.

EDUARDO ANDICOBERRY

(Dibujo del Arquitecto Sr. Muguruza.)

